

# Dos bibliotecas quijotescas

Emilio Pascual\*

## La biblioteca de Don Quijote

### EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PRIMERA EDICIÓN: 1605



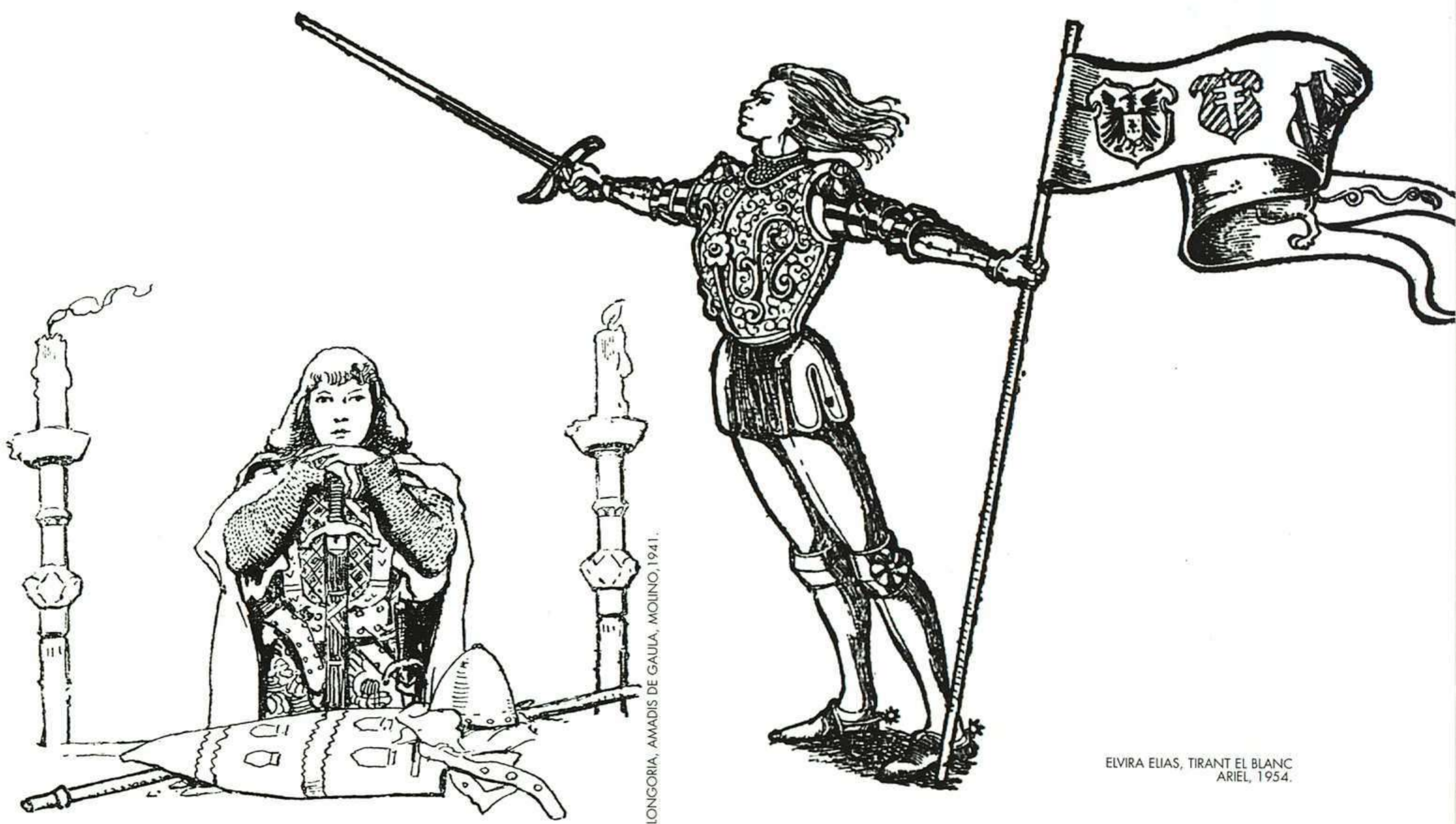
MIGUEL DE CERVANTES  
(1547-1616)

Entre las más venerables bibliotecas figura la de cierto hidalgo manchego, gran madrugador y amigo de la caza, «que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber de ellos». Un misterio no resuelto es el del número de volúmenes que edificaron tan voluntariosa biblioteca. Cide Hamete Benengeli habla de «más de cien cuerpos de libros grandes... y otros pequeños», mientras que don Quijote afirma tener «más de trescientos». Quedémonos con la cifra del dueño, pues, si hemos de creer al redactor último, siendo como era moro su primer autor, «antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado».

De todos son conocidas las ansias incendiarias del ama cuarentona de nuestro hidalgo y de la sobrina que no llegaba a los veinte. «No hay dieciocho años feos», escribió María de Zayas, y así podemos conjeturar que aquella jovencísima sobrina tendría más hermosura que seso. <sup>1</sup> Si por ellas hubiera sido, habrían ardidado todos los libros de su señor y tío. Afortunadamente, por esta vez la Iglesia, aliada con la barbería, rescató algunos del fuego. Gracias a la intercesión del barbero se libró el *Amadís*, del cual había escrito setenta años antes Juan de Valdés que «tiene muchas y muy buenas

cosas, y que es muy dino de ser leído de los que quieren aprender la lengua», aunque le molestaba que la princesa Elisena fuese «tan deshonesta, que con la primera plática la primera noche [Perión] se la trae a la cama». (Menos suerte tuvieron *Las Sergas de Esplandián*, pues en aquella ocasión no le valió «al hijo la bondad del padre»). Por su parte, el cura absolvió al *Palmerín de Inglaterra* y elogió a *Tirante el Blanco*; salvó con reparos *La Diana* y un *Tesoro de varias poesías*; se mostró liberal e irónico con *Los diez libros de Fortuna de Amor*, de Lofraso; bendijo *La Araucana*, *La Austriada* y *El Monserrate*; esbozó un planto sobre *Las lágrimas de Angélica*; guardó con los escogidos *El Pastor de Filida* y el *Cancionero* de López Maldonado, y ordenó que se refugiara en la posada del barbero *La Galatea*, siquiera porque su autor era grande amigo suyo. <sup>2</sup>

En un texto de *La cifra*, Borges nos transmite la sospecha de que, al lado de esta *Galatea*, pudo haber otro libro decisivo, que sin embargo no se libró del fuego: «Entre los libros de la biblioteca había uno, escrito en lengua arábica, que un soldado adquirió por unas monedas en el Alcaná de Toledo y que los orientalistas ignoran, salvo en la versión castellana. Ese libro era mágico y registraba de manera profética los he-



LONGORIA, AMADIS DE GAULA, MOLINO, 1941.

ELVIRA ELIAS, TIRANT EL BLANC ARIEL, 1954.

chos y palabras de un hombre desde la edad de cincuenta años hasta el día de su muerte, que ocurriría en 1614. Nadie dará con aquel libro, que pereció en la famosa conflagración que ordenaron un cura y un barbero, amigo personal del soldado...».

En el *Quijote* hay todavía otro par de bibliotecas. La de don Diego de Miranda, Caballero del Verde Gabán, tenía «hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros», si bien faltaban en ella los de caballerías; la otra, la de Juan Palomeque el Zurdo, era tan minúscula que cabía en una maletilla vieja. Contenía cuatro libros y otro escondido en un aforro: *Don Cirongilio de Tracia*, *Felixmarte de Hircania* —que también estaba en la de don Quijote—, la *Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba*, con la vida de Diego

*García de Paredes*, y la *Novela del curioso impertinente*. La última era *Rinconete y Cortadillo*, y cabe preguntarse por qué el cura no la leyó en lugar de la otra. Cosa de misterio parece también ésta, apenas inferior al del misterioso manuscrito arábigo que pudo haber perecido en una vil hoguera de corral, en cuyo caso tampoco habrían podido verlo ni Borges ni Unamuno.<sup>3</sup>

#### Notas

1. Por lo demás, el tío de Clarisse McClellan —o tía, que en esto hay alguna diferencia en los autores que el *Fahrenheit* traducen— corroboró que la juventud y la locura «van siempre juntas». «Cuando la gente te pregunte la edad —decía él (o ella)—, contesta siempre: diecisiete años y loca».

2. Por cierto, Jorge Luis Borges disiente del último redactor y atribuye al barbero esa declaración de amistad que hace el cura: «Asombrosamente —dice— uno de los libros examinados es

*La Galatea* de Cervantes, y resulta que el barbero es amigo suyo», etc. («Magias parciales del Quijote», *Otras Inquisiciones*, 1952). En una ocasión semejante, el profesor Homer P. Earle, de la Universidad de California, reprochó a Unamuno que, en la *Vida de don Quijote y Sancho*, pusiera «en boca de Sancho palabras que en el texto cervantino figuran en la de Sansón Carasco». Unamuno se justificó recurriendo a la autoridad primera, es decir, al texto de Cide Hamete. «En todo caso —explicaba— ese texto arábigo del Cide Hamete Benengeli le tengo yo..., y en él he visto que en el pasaje a que aludía el profesor Earle fue Cervantes el que leyó mal y que mi interpretación, y no la suya, es la fiel». Como no es improbable que Borges conociera también el manuscrito, una prudencia razonable aconseja mantener la amistad entre don Quijote y el barbero, que, por lo demás, es menos indigno de ella que el cura.

3. Una acotación del profesor Mahmud Sobh, en su *Historia de la literatura árabe clásica*, tal vez arroje alguna luz sobre el misterio del manuscrito arábigo. Hablando del «genial Cide Amete Benengeli», recuerda que «traducido este nombre del árabe sería: Don Miguel, Hijo del Pastor de ciervos».

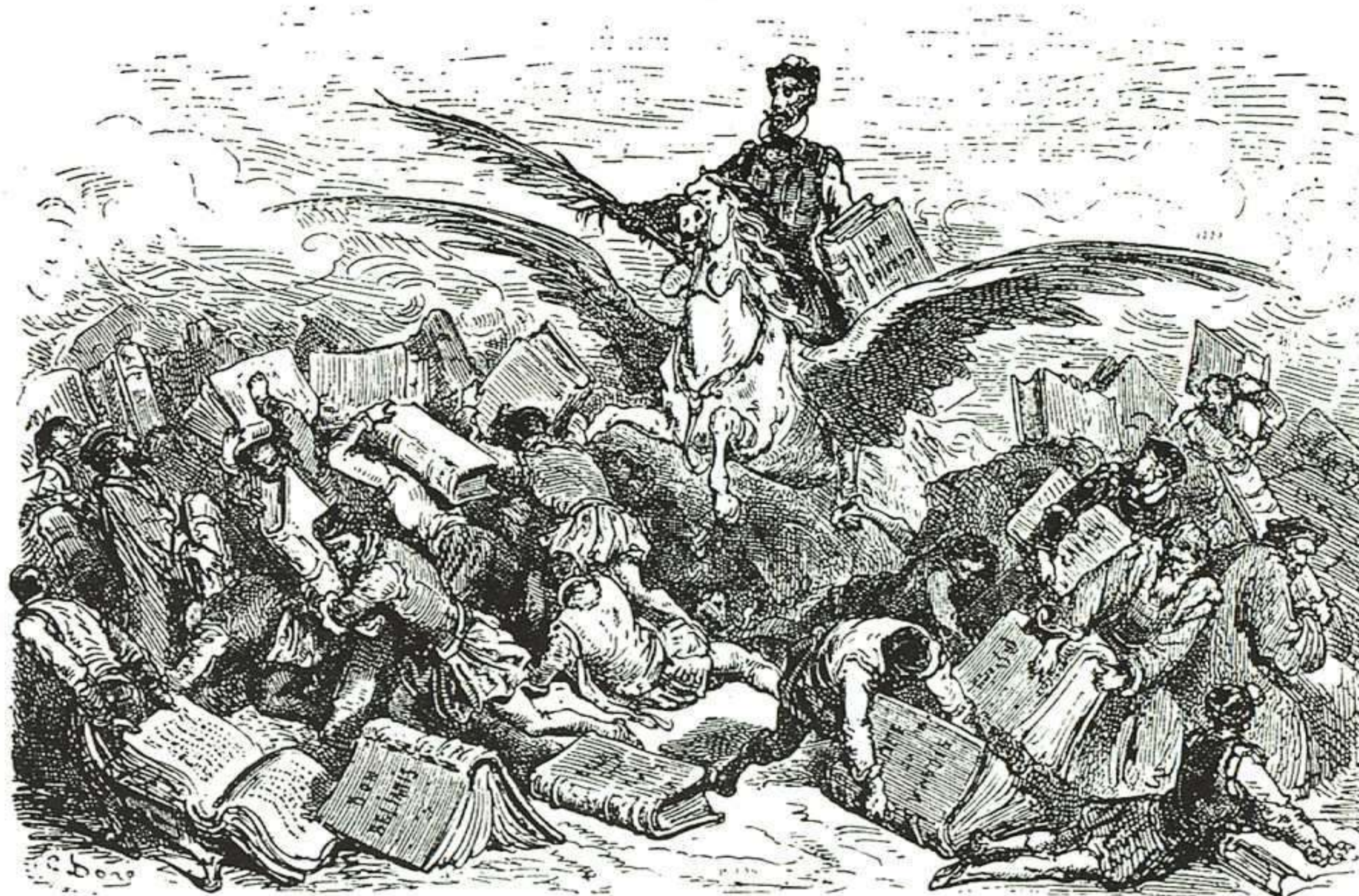
## El *Quijote*: una biblioteca en un morral de cuero

### AL CONTRARIO ON THE CONTRARY

PRIMERA EDICIÓN: 1993



ANDRÉ BRINK (1935-)



GUSTAVE DORÉ, DON QUIJOTE DE LA MANCHA, EDICOMUNICACIÓN, 1990.

Una biblioteca móvil había sido la del *Nautilus*. Otra fue la de Estienne Barbier, que, «rebelde y proscrito», murió en alguna hedionda mazmorra de El Cabo a mediados del siglo XVIII. Más que móvil habría que llamarla portátil, porque se componía de un solo libro, pero acompañó a su dueño en todos sus viajes, y sólo cambió de manos en los umbrales del último: se lo dejó como rehén a un anciano hotentote, que lo guardó como un objeto mágico. Barbier lo llamaba su *vademécum*, su «único compañero fiel». El ejemplar, tan «gastado y sobado» como habría de estarlo el *Robinsón* de Betteredge, contenía «las hazañas del flaco caballero de la Mancha».

Estienne Barbier pasó «incontables

horas» leyendo su libro. Cuenta él mismo que «había adoptado la costumbre de leerlo como dicen algunos que leen la Biblia: apoyando el libro sobre su lomo, dejando que se abra al azar, y empezando por la página que salga». Como todos los grandes lectores de un solo libro, Estienne Barbier, que hallaba en sus páginas muchas cosas «dignas de meditación», hacía, pues, sus *sortes quixotescae*.

Parece que lo heredó de su padre junto con un reloj. Deducimos que se trataba de una edición voluminosa y pesada, pues en una ocasión especialmente comprometida se vio obligado a abandonarlo para no lastrar en exceso su improvisado globo. Volvió a buscarlo, con riesgo de su vida: se sentía incapaz de

huir sin el compañero de «tantos años de vagabundeo». Al ejemplar, encuadrado en piel, le faltaban unas páginas, producto de un atentado, y el resto estaban atravesadas por un orificio de bala: en aquella ocasión el libro le salvó la vida. O quizá sea más exacto decir que sólo aplazó su muerte.

Estienne Barbier nació en el valle del Loira en 1699, soñó frecuentemente con unos pechos de mujer, escribió un diario. Anotó en él las singularidades del león, del elefante, del rinoceronte, del puerco espín, y reservó una página especial para el unicornio y el hipogrifo. Condenado a ser «destripado y descuartizado», creemos que murió hacia 1740. ■

\*Emilio Pascual es editor y escritor.